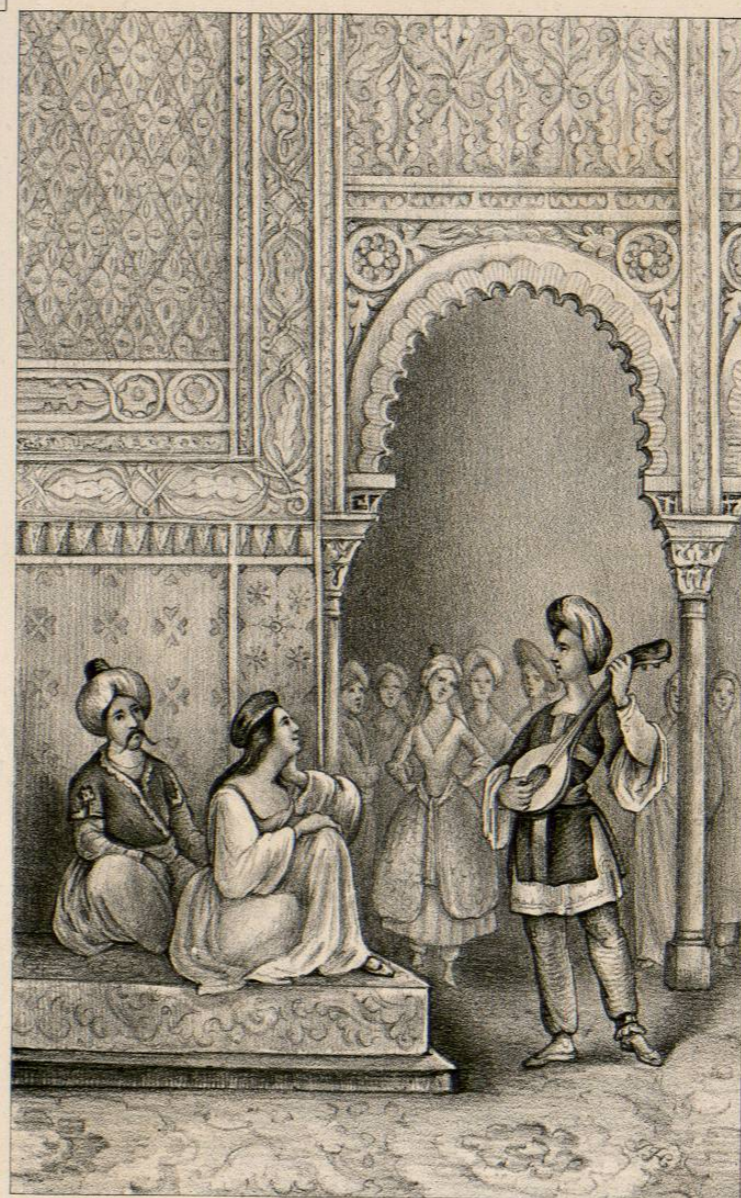


dor y al decoro que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farrukhnaz, era apasionadísima á semejantes espectáculos, y aun algunas veces mandaba á sus criadas representar piezas árabes en presencia del bajá. Ella misma solía tambien hacer su papel, y lo ejecutaba con tal viveza y tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que yo asistí á una de estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de darle tanto gusto, que no solo me aplaudió con palmadas, sino de viva voz; y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables.

El dia siguiente por la mañana, estando yo regando los naranjos en los jardines, pasó junto á mí un eunuco, que sin detenerse ni hablar palabra, dejó caer á mis piés un billete: recogíle prontamente con una turbacion mezclada de alegría y de temor: echéme á la larga en el suelo porque no me viesen de las ventanas del serrallo, y ocultándome detras de los naranjos, le abrí presuroso. Hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritas en buen castellano estas palabras:—*Jóven cristiano, da mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna la harán feliz: el amor, si te muestras sensible á los atractivos de una persona hermosa: y la fortuna, si tienes valor para arrostrar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el billete era de la sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca fui cobarde, la vanidad de verme favorecido de la dama de un gran príncipe, y sobre todo la esperanza de conseguir de ella cuatro veces mas dinero del que me era menester para mi rescate, me determinaron á tentar esta nueva aventura á costa de cualquiera riesgo. Proseguí, pues, en mi ocupacion, pensando siempre en el modo que podria tener para introducirme en el cuarto de Farrukhnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciéndome, y con fundamento, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto, no me engaé: de allí á una hora volvió á pasar junto á mí el mismo eunuco de antes, y me dijo:—Cristiano, ¿has hecho tus reflexiones? ¿Tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí.—Pues bien, añadió él, *el cielo te guarde; mañana por la mañana me volverás á ver; está dispuesto para dejarte conducir*, y dicho esto se retiró. Efectivamente, al dia siguiente, á cosa de las ocho de la mañana, se dejó ver, y me hizo señal de que le siguiese. Obedecí, y me condujo á una sala donde habia un gran rollo de lienzo pintado, que acababan de traer él y otro eunuco, para llevarlo á la cámara de la sultana, y habia de servir para la decoracion de una comedia árabe, que ella tenia dispuesta para divertir al bajá.



Los dos eunucos, viéndome dispuesto á hacer todo lo que quisiesen, no perdieron tiempo. Desarrollaron el telon, hiciéronme tender á la larga en medio de él, y lo arrollaron otra vez, volviéndome y revolviéndome dentro de él mismo, con peligro de sofocarme. Cogiéronlo cada uno de un extremo, y de esta manera me introdujeron sin riesgo en el cuarto donde dormia la bella Cachemiriana. Estaba sola, con una esclava vieja, enteramente dedicada á darle gusto. Desenvolvieron ambas el telon, y Farrukhnaz, luego que me vió, mostró una alegría, que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso que, cuando me ví de repente trasportado al cuarto secreto de las mugeres, sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y para disiparlo me dijo:—No temas, cristiano, porque Soliman acaba de marchar á su casa de recreo, donde se detendrá todo el dia, y nosotros hablarémos aquí libremente.

Animáronme estas palabras, y me hicieron cobrar un espíritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona.—Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno de la inclinacion que te he tomado. Aunque te veo en traje de esclavo, descubro en tus modales un aire noble y galan, que me obliga á creer no eres persona comun. Háblame con toda confianza, y dime quién eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que les cueste menos el rescate; pero conmigo no debes gastar ese disimulo, y aun me ofenderia mucho semejante precaucion, pues que te prometo tu libertad. Sé pues sincero, y confiésame que no te criaste en pobres pañales.—Con efecto, Señora, le respondí, corresponderia ruinmente á vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio; ya que teneis empeño en que os descubra quien soy, voy á obedeceros: Soy hijo de un grande de España. Quizá decia en esto la verdad; por lo menos la sultana así lo creyó, y dándose á sí misma el parabien de haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos á solas con frecuencia. Tuvimos una larga conversacion. En mi vida he tratado con muger de mayor talento y atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba medianamente. Cuando le pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran ceston de juncos, cubierto con un repostero de seda trabajado por su misma mano, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al bajá: lo que es tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mugeres, que ninguno tiene la osadía de mirarlo.

Hallamos Farrukhnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor hácia ella, como ella me le tenia á mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos argos; pero un contratiempo desconcertó nuestras medidas, y mudó enteramente de aspecto mi fortuna. Un día en que entré en el cuarto de la sultana metido dentro de un dragon artificial que se habia hecho para un espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella creido de que Soliman se hallaba aun fuera, entró éste tan de repente en el cuarto de su favorita, que la vieja esclava no tuvo tiempo de avisarnos, y mucho menos yo para ocultarme; y así fuí el primero que se ofreció á los ojos del bajá.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la ira á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, despidiendo llamas de indignacion y furor. Consideré entonces que era llegada la última hora de mi vida, y me imaginaba ya en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farrukhnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdón de él, dijo á Soliman:—Señor, suplicoos no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente merecedora de los mas horrosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas esterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo cristiano para persuadirle á que dejase su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin he desvanecido sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida y la de una dama á quien amaba, me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra; y persuadido Soliman por mi silencio de que era verdad cuanto habia dicho la sultana, depuso su ira, y le dijo:—Quiero creer que no me has ofendido, y que el celo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te movió á arriesgarte á una accion tan delicada. Por eso disculpo tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un morabito. Vistiéronme á la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieron, sin la me-



nor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos hubieran sido tan cobardes como yo en esta ocasion!

Concluida la ceremonia, salí del serrallo con el nombre de Sidy Haly á tomar posesion de un empleo de poca monta á que Soliman me destinó. No volví á ver á la sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una porcion de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos de oro*, y juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarle la vida. Con efecto, ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farrukhnaz, conseguí por su mediacion otro empleo de mas importancia que el primero, de manera que en menos de seis á siete años me hallé el renegado mas rico de todo Argel.

Ya habrán conocido ustedes que, si yo concurría á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas, y practicaba las demas ceremonias de su ley, era toda una mera ficcion. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para lo que pensaba retirarme algun dia á España ó Italia con las riquezas que hubiese juntado. Miéntras tanto vivia muy alegremente; estaba alojado en una hermosa casa; tenia jardines magníficos, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de mugeres bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquella tierra á los mahometanos, sin embargo pocos moros dejan de beberlo secretamente. Yo por lo menos lo bebia sin escrúpulo, como lo hacen todos los renegados.

Acuérdomme que me acompañaban comunmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes muchas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin reserva. Convidélos una noche á cenar; y aquel dia se me habia muerto un perro que yo queria mucho. Lavamos el cuerpo, y lo enterramos con todas las ceremonias que acostumbran los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la religion de Mahoma, sino solo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente se presentó en mi casa un hombre que me dijo:—Señor Sidy Haly, vengo á buscar á vd. para cierto asunto de importancia. El señor cadí tiene precision de hablarle: sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente.—Decidme, os suplico, le pregunté, qué es lo que me quiere.—Él mismo os lo dirá, respondió

el Moro: todo lo que puedo decir es, que un mercader que ayer cenó con vd. le ha dado parte de no sé qué impía ó irreligiosa accion que se ejecutó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio que comparezcai hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que, no cumpliéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra persona. Dijo, y sin aguardar respuesta, me volvió la espalda, dejándome atónito con su apercibimiento. No tenia el Árabe la mas mínima razon para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender por qué me habia jugado una pieza tan ruin. Sin embargo, la cosa era muy digna de atencion. Yo tenia bien conocido al cadí por hombre severo en la apariencia; pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos sultaninos de oro, y fui derecho á presentarme á él. Hízome entrar en su despacho, y luego me dijo en tono colérico y furioso:—Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como si fuera un musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¡Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¡Os hicisteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias mas sagradas de nuestro Alcoran?—Señor cadí, le respondí, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel amigo traidor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura á un doméstico fiel, á un inocente animal, que tenia mil bellas cualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dejarles testimonios irrefragables de su estimacion y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, &c., y es tanta verdad lo que digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallareis en este bolsillo; y dicho esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el cadí toda su gravedad cuandó me oyó decir esto, sin poder contener la risa, y como estábamos solos tomó francamente el bolsillo, y me despidió, diciendo:—Id en paz, Sidy Haly, hicisteis cuerda-mente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los sugetos de mérito.

Salí por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo mas cuerdo, á lo menos me enseñó á ser mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un caballero de Liorna, que era esclavo mio, llamado Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los míos no se impacientaban, aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces



me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar á servir á otro amo, que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en cautiverio.

Volieron un dia los jabeques de Soliman cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde ésta se celebraba, y compré una muchacha española de diez á doce años. Lloraba la pobrecita amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla afligirse así en tan tierna edad, me llegué á ella y le dije en lengua castellana que no se apesadumbrase tanto, asegurándole que habia caido en manos de un amo que, aunque llevaba turbante, era de corazon humano. La jóven, poseida enteramente de su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolables, prorumpiendo de cuando en cuando en esta exclamacion:—*¡Ay, madre mia, y por qué me habrán separado de tí! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras, tenia puestos los ojos en una muger de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéle si era su madre aquella muger á quien miraba.—*Sí, Señor, me respondió con tierno sentimiento; por amor de Dios haga su merced que jamas me separen de ella.*—*Bien está, hija mia, le dije; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto quedarás contenta y consolada.* Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de cuidado, cuando reconocí en ella, con la conmocion que podeis imaginar, todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Cielos! exclamé dentro de mí mismo: *¿qué es lo que veo? Esta es mi madre, no puedo dudarle.* Pero ella, ó ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no le dejaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se le presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro, ó bien que en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado, el hecho es, que realmente ella no me conoció. En fin, yo la compré, y me la llevé á mi casa.

No quise dilatarle el gusto de que me conociese.—*Señora, le dije, ¿es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué, unos bigotes y un turbante me desfiguran de suerte que os impidan conocer á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mí con los brazos abiertos, nos estrechamos tiernamente.* Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como yo

Los dos eunucos, viéndome dispuesto á hacer todo lo que quisiesen, no perdieron tiempo. Desarrollaron el telon, hiciéronme tender á la larga en medio de él, y lo arrollaron otra vez, volviéndome y revolviéndome dentro de él mismo, con peligro de sofocarme. Cogiéronlo cada uno de un extremo, y de esta manera me introdujeron sin riesgo en el cuarto donde dormia la bella Cachemiriana. Estaba sola, con una esclava vieja, enteramente dedicada á darle gusto. Desenvolvieron ambas el telon, y Farrukhnaz, luego que me vió, mostró una alegría, que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso que, cuando me ví de repente trasportado al cuarto secreto de las mugeres, sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y para disiparlo me dijo:—No temas, cristiano, porque Soliman acaba de marchar á su casa de recreo, donde se detendrá todo el dia, y nosotros hablarémos aquí libremente.

Animáronme estas palabras, y me hicieron cobrar un espíritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona.—Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno de la inclinacion que te he tomado. Aunque te veo en traje de esclavo, descubro en tus modales un aire noble y galan, que me obliga á creer no eres persona comun. Háblame con toda confianza, y dime quién eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que les cueste menos el rescate; pero conmigo no debes gastar ese disimulo, y aun me ofenderia mucho semejante precaucion, pues que te prometo tu libertad. Sé pues sincero, y confiésame que no te criaste en pobres pañales.—Con efecto, Señora, le respondí, corresponderia ruinmente á vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio; ya que teneis empeño en que os descubra quien soy, voy á obedeceros: Soy hijo de un grande de España. Quizá decia en esto la verdad; por lo menos la sultana así lo creyó, y dándose á sí misma el parabien de haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos á solas con frecuencia. Tuvimos una larga conversacion. En mi vida he tratado con muger de mayor talento y atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba medianamente. Cuando le pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran ceston de juncos, cubierto con un repostero de seda trabajado por su misma mano, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al bajá: lo que es tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mugeres, que ninguno tiene la osadía de mirarlo.

Hallamos Farrukhnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor hácia ella, como ella me le tenia á mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos argos; pero un contratiempo desconcertó nuestras medidas, y mudó enteramente de aspecto mi fortuna. Un día en que entré en el cuarto de la sultana metido dentro de un dragon artificial que se habia hecho para un espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella creido de que Soliman se hallaba aun fuera, entró éste tan de repente en el cuarto de su favorita, que la vieja esclava no tuvo tiempo de avisarnos, y mucho menos yo para ocultarme; y así fuí el primero que se ofreció á los ojos del bajá.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la ira á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, despidiendo llamas de indignacion y furor. Consideré entonces que era llegada la última hora de mi vida, y me imaginaba ya en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farrukhnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdón de él, dijo á Soliman:—Señor, suplicoos no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente merecedora de los mas horrosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas esterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo cristiano para persuadirle á que dejase su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin he desvanecido sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida y la de una dama á quien amaba, me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra; y persuadido Soliman por mi silencio de que era verdad cuanto habia dicho la sultana, depuso su ira, y le dijo:—Quiero creer que no me has ofendido, y que el celo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te movió á arriesgarte á una accion tan delicada. Por eso disculpo tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un morabito. Vistiéronme á la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieron, sin la me-





nor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos hubieran sido tan cobardes como yo en esta ocasion!

Concluida la ceremonia, salí del serrallo con el nombre de Sidy Haly á tomar posesion de un empleo de poca monta á que Soliman me destinó. No volví á ver á la sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una porcion de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos de oro*, y juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarle la vida. Con efecto, ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farrukhnaz, conseguí por su mediacion otro empleo de mas importancia que el primero, de manera que en menos de seis á siete años me hallé el renegado mas rico de todo Argel.

Ya habrán conocido ustedes que, si yo concurría á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas, y practicaba las demas ceremonias de su ley, era toda una mera ficcion. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para lo que pensaba retirarme algun dia á España ó Italia con las riquezas que hubiese juntado. Miéntras tanto vivia muy alegremente; estaba alojado en una hermosa casa; tenia jardines magníficos, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de mugeres bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquella tierra á los mahometanos, sin embargo pocos moros dejan de beberlo secretamente. Yo por lo menos lo bebia sin escrúpulo, como lo hacen todos los renegados.

Acuérdome que me acompañaban comunmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes muchas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin reserva. Convidélos una noche á cenar; y aquel dia se me habia muerto un perro que yo queria mucho. Lavamos el cuerpo, y lo enterramos con todas las ceremonias que acostumbran los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la religion de Mahoma, sino solo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente se presentó en mi casa un hombre que me dijo:—Señor Sidy Haly, vengo á buscar á vd. para cierto asunto de importancia. El señor cadí tiene precision de hablarle: sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente.—Decidme, os suplico, le pregunté, qué es lo que me quiere.—Él mismo os lo dirá, respondió

el Moro: todo lo que puedo decir es, que un mercader que ayer cenó con vd. le ha dado parte de no sé qué impía ó irreligiosa accion que se ejecutó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio que comparezcáis hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que, no cumpliéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra persona. Dijo, y sin aguardar respuesta, me volvió la espalda, dejándome atónito con su apercibimiento. No tenia el Árabe la mas mínima razon para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender por qué me habia jugado una pieza tan ruin. Sin embargo, la cosa era muy digna de atencion. Yo tenia bien conocido al cadí por hombre severo en la apariencia; pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos sultaninos de oro, y fui derecho á presentarme á él. Hízome entrar en su despacho, y luego me dijo en tono colérico y furioso:—Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como si fuera un musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¡Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¡Os hicisteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias mas sagradas de nuestro Alcoran?—Señor cadí, le respondí, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel amigo traidor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura á un doméstico fiel, á un inocente animal, que tenia mil bellas cualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dejarles testimonios irrefragables de su estimacion y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, &c., y es tanta verdad lo que digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallareis en este bolsillo; y dicho esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el cadí toda su gravedad cuandó me oyó decir esto, sin poder contener la risa, y como estábamos solos tomó francamente el bolsillo, y me despidió, diciendo:—Id en paz, Sidy Haly, hicisteis cuerda-mente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los sugetos de mérito.

Salí por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo mas cuerdo, á lo menos me enseñó á ser mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un caballero de Liorna, que era esclavo mio, llamado Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los míos no se impacientaban, aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces



me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar á servir á otro amo, que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en cautiverio.

Volieron un dia los jabeques de Soliman cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde ésta se celebraba, y compré una muchacha española de diez á doce años. Lloraba la pobrecita amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla afigirse así en tan tierna edad, me llegué á ella y le dije en lengua castellana que no se apesadumbrase tanto, asegurándole que habia caido en manos de un amo que, aunque llevaba turbante, era de corazon humano. La jóven, poseida enteramente de su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolables, prorumpiendo de cuando en cuando en esta exclamacion:—*¡Ay, madre mia, y por qué me habrán separado de tí! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras, tenia puestos los ojos en una muger de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéle si era su madre aquella muger á quien miraba.—*Sí, Señor, me respondió con tierno sentimiento; por amor de Dios haga su merced que jamas me separen de ella.*—*Bien está, hija mia, le dije; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto quedarás contenta y consolada.* Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de cuidado, cuando reconocí en ella, con la conmocion que podeis imaginar, todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Cielos! exclamé dentro de mí mismo: *¿qué es lo que veo? Esta es mi madre, no puedo dudarle.* Pero ella, ó ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no le dejaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se le presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro, ó bien que en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado, el hecho es, que realmente ella no me conoció. En fin, yo la compré, y me la llevé á mi casa.

No quise dilatarle el gusto de que me conociese.—*Señora, le dije, ¿es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué, unos bigotes y un turbante me desfiguran de suerte que os impidan conocer á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mí con los brazos abiertos, nos estrechamos tiernamente.* Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como yo